



Núm. 14.

20 de Marzo de 1861.

Año I.

LA MISION DE LA MUJER.

CUANDO el viajero recorre los campos cubiertos de verdura, adivina la existencia de la tímida flor que esconde su corola entre la grama, por el perfume de que está impregnado el ambiente; cuando el misero mortal atraviesa la espinosa senda de la vida, presiente la mujer virtuosa por el sello de felicidad que imprime en cuantos la rodean.

Si Dios ha dado al hombre la fuerza y el poder, á la mujer la ha concedido en cambio ese misterioso talisman que trueca los males en bienes, que sabe convertir en sonrisas las lágrimas de amargura. No necesita mostrarse, no necesita hacer vana ostentacion de su talento para que se la adore y se la admire. Cuanto mas encubre sus perfecciones con el modesto velo del misterio, mas grande es su atractivo, mas irresistible su hechizo.

¡Cuán santa es la mision de la mujer! ¡mision desprovista de gloria, es verdad, pero fecunda en suaves y castas emociones! ¡Cuán bello, cuán fácil es cumplir unos deberes cifrados solo en hacer bien á nuestros semejantes, en esparcir por do quiera el consuelo y la alegría! ¡Es tan grato ser útiles á los seres queridos de nuestro corazon! ¡Es tan dulce labrar su felicidad ó minorar sus sufrimientos!

Las lágrimas que enjuga, son otras tantas perlas, con que se forja una diadema la mujer virtuosa; los suspiros que recoge, son las mil voces de la fama que se encargan de pregonar su nombre!

Los que han dicho que su destino 'era pobre y desgraciado á causa de su dependencia, no comprendian sin duda la sublime grandeza de sus deberes, ó tal vez su alma seca y egoista no sabia colocar la ventura mas que en el esplendor y el mando. Nosotras que la ciframos tan solo en los inefables goces del espíritu, bendecimos la religion que ha trocado la esclava en compañera, que ha divinizado á la

mujer, y no aspiramos á otra mas brillante; pero tal vez menos dulce suerte.

Si la mujer misma hubiese podido escoger su mision sobre la tierra, no la hubiera elegido mas bella que la que Dios la ha impuesto; porque Dios es el que con su divino ejemplo ha señalado á cada sexo sus deberes. Jesucristo se ofrece en holocausto para salvar el mundo, y convierte con la elocuencia de su palabra, subyuga con la santidad de sus obras: la afligida Virgen ruega tan solo y llora; pero sus lágrimas y sus ruegos devuelven tantas almas al cielo como la preciosa sangre de su Hijo. Si no son iguales los medios que emplean para llevar á cabo la grande obra de la regeneracion humana, iguales son los resultados que consiguen.

¡Qué espectáculo tan digno ofrece la mujer que ha sabido erigir su trono en el centro del hogar doméstico! Ha sido el amparo y consuelo de sus ancianos padres, es la compañera del que la ha elegido ante todas para que labrase su ventura, la madre amorosa de esos niños que imitarán sus virtudes, y el amparo de los infelices que bendicen llenos de gratitud su nombre. ¿Existe acaso alguna gloria por brillante que sea, comparada á esta gloria íntima que llena el alma de inesplicable ventura? ¿No es una madre de familia tan acreedora como su profundo compañero al universal encómio? ¿Qué importa que la prensa no inmortalice su nombre, que su paso trémulo desfallezca antes de llegar al santuario de la fama? Mas noble es el premio que espera por sus constantes desvelos. Desde su oscuridad trabaja incesantemente para engrandecer á su esposo y á sus hijos, y conducirlos por la senda de la virtud á la cumbre del saber y la ventura.

Cuando vemos un voraz incendio, nunca nos acordamos de la primera chispa que lo ha hecho estallar; y no obstante, sin aquella chispa no se hubiera encendido la gigante hoguera que amenaza á las nubes.

El hombre ejecuta; pero la mujer dá el impulso. Ella es el inteligente agricultor que prepara el terreno y esparce las semillas que á su tiempo han de producir ópimos frutos.

Es verdad, que el viajero al contemplar la belleza de los árboles, al aspirar el perfume de las flores, quizás no dirigirá ni una sola mirada al que las ha cultivado con el sudor de su frente; ¿pero qué le importa á este, si en su ardiente abnegacion está satisfecho con la sola idea de haber esparcido por do quiera la prosperidad y la riqueza?

El hombre ejerce su omnímodo poder sobre el mundo físico. Como rey de la creacion obra, inventa, subyuga; pero demasiado embebido en sus colosales empresas, deja á la mujer, tal vez por inercia, tal vez por incapacidad, que empuñe el cetro del mundo moral. Ella ha cimentado tambien su imperio sobre la dulzura, las súplicas y las lágrimas, que el hombre halagado con la idea de su superioridad, no piensa en disputarla su poder; poder frágil y débil en apariencia, grande, poderoso, infinito en realidad.

Sin embargo, algunas mentes exaltadas quisieron no ha mucho tremolar la bandera de la emancipacion de la mujer, sacudir el *tiránico yugo de sus opresores*; mas ¡ay! como esas plantas trasportadas de un clima apacible á los helados témpanos del polo, inclinaron el tallo y se agostaron; como las imprudentes mariposas ufanas con sus nuevas galas, fueron á morir en la brillante llama que las deslumbraba. ¡Quisieron destruir la sublime armonía trazada en sus obras por la eterna mano, y sucumbieron!

¿Qué nos importa el laurel que adorna la frente de los grandes hombres? Es mas bella una guirnalda de perfumadas rosas, porque acrece nuestro encanto y nos dá en amor lo que perdemos en vanas alabanzas. Seamos la luz que alumbra, no la hoguera que consume.

¿Acaso es menos bella y poética la luna porque no ostente los brillantes rayos del astro luminoso?

Lejos de nosotras para siempre la idea de la gloria y la inmortalidad. Estudiemos para embellecernos á los ojos de nuestros meditabundos compañeros, y para distraer con nuestras trobas sus pesares. Elevemos nuestra imaginacion á la altura de la suya; pero no pretenda-

mos ocupar las cátedras del saber, porque nacidas para amar, nos llaman imperiosamente los vagidos de nuestros tiernos hijos.

Las áridas ciencias no se han hecho para el corazón de fuego de una madre, y si nos obstinásemos en cultivarlas, convertidas en antagonistas del hombre, lejos de servirle de consuelo, nuestro trato le sería odioso é insopor- table.

Concluiremos, pues, estas reflexiones diciendo: que la mujer que comprenda bien la sublimidad de sus deberes, lejos de deplorar su suerte, debe cumplir con orgullo su misión, que es la más bella, santa y noble de las misiones; y que en cuanto á su talento debe considerarlo como una de esas plantas delicadas que conservamos perpétuamente en nuestros invernaderos, para que los rayos del sol no la marchiten, y los besos del aura no la desfloren.

Angela GRASSI.

DOMINGO DE RAMOS.

I.

Estando el Señor cerca de Jerusalem, dice á dos de sus discípulos. Id á esa aldea que está enfrente de vosotros y hallareis un pollino atado, sobre el cual ningún hombre montó; desatadlo y traédmelo. Si alguno os preguntare, no teneis más que responder.....

El Señor lo necesita.

Aquellos dos discípulos hacen lo que Jesús les manda; echan á andar y van en busca del pollino, que justamente encuentran en el mismo sitio que Jesús les señaló: apenas llegan, le desatan y lo traen á Jesús, y ponen sobre él sus vestidos: este es todo el rico enjaezado que el Salvador se procura; y sin más aparato ni ostentación, Jesús monta en aquel asno —que aun cuando pobre cabalgadura, era también de providencia,—y así hace su entrada en Jerusalem.

Tan pronto como corre la voz de que Jesús viene á Jerusalem,—era ya tan conocido su nombre, tantas maravillas se cuentan de él,—que

todo el pueblo se pone en movimiento; todas las gentes se apresuran á tomar ramos de palmas para salirle al encuentro, y los muchachos claman: Este es el que ha de venir á salvar su pueblo. Este es nuestra salvación y la redención de Israel!....

El recuerdo de este grande acontecimiento, está bien señalado, y de manifiesto en los muy hermosos y variados cantos que hoy entona la Iglesia. Todo el ceremonial que para este día tiene establecido, la forma en que se ven distribuidos los coros, toda la sublimidad del rito sagrado no tiene otro fin, que el de traer á la memoria de los fieles la entrada de Jesucristo en Jerusalem.

Ciertamente, jóvenes lectores, hoy es el día en que nuestro divino Salvador Jesús, verifica su entrada triunfante en Jerusalem, suelo hoy, como dice un escritor célebre, donde se reúnen los rayos de la devoción de las peregrinaciones del musulmán, del judío y del cristiano. Hoy es el día en que es aclamado Rey de Israel el Hombre-Dios; porque, no obstante de haber nacido en la oscuridad de una gruta, testimonio de su divinidad, venía obrando portentosos milagros al través de las grandes dificultades que encuentra en el Idolo y la Vieja Ley. Hoy se admira el pueblo, que gimien- do y suspirando há tiempo por la libertad, grita entusiasta, y entre mil hosannas esclama: ¡Bendito el que viene en nombre del Señor, bendito sea nuestro Salvador, sembremos de flores el camino por donde pase, agrupémonos alrededor de él, y con ramos de palmas y olivas simbolicemos una nueva era de libertad! ¡Bendito, bendito, dicen, el que viene á romper las cadenas; desde hoy vá á concluir para nosotros la observancia de la ley, desaparecerá el duro rito, seremos felices!

¿Qué fuerza es la que agita y mueve á estos corazones para obrar así? ¿Es la inteligencia de la escritura quien les dice que ya se cumplieron las profecías y que ya vino el Mesías prometido? No, puesto que no tarda mucho este pueblo en cambiar el hosanna entusiasta, en los desesperados gritos de ¡Crucifícadle, Crucifícadle! Ya por sus gritos confiesan el ha-

berse equivocado, y así dicen: ¡Nos hemos equivocado, no es bendito, no es siquiera un ciudadano pacífico, es mucho peor que Barabás: libertad para este, y muera el que se llame Cristo! ¡Ya se olvidaron de los hosannas, ya también olvidan que han sembrado de flores el camino por donde pasara, no hay ya memoria de los arcos de triunfo que levantaron, todo se ha perdido, todo ha cambiado!

Sin duda, jóvenes, os causará cierta extrañeza al contemplar que este pueblo cambie de modo de pensar en tan corto tiempo, como media desde este día hasta el día en que se prende á Jesús, que se le procesa y se le sentencia á muerte: no lo extrañéis, y sí doleos y lamentad tanta indiscreción, tanta ceguedad y sabed, que este es el resultado que siempre trae el inmoderado culto de los pueblos en masa; este viene á rayar en idolatría, y ya sabéis qué grande es el pecado de idolatría en religión! ¿No es verdad que este hecho histórico, es una grande enseña para los hombres que son poderes en la tierra, para los reyes de todas las épocas? ¿No es verdad, que la Jerusalem que hoy recoge las flores que ayer sembró; que la Jerusalem que ayer clama «Bendito» y hoy grita «Crucifícadle,» no tiene síntesis, nada nos dice en el sentimiento y en la idea? Así es: ¡Llor á Jesús! ¡Muera Jesús! Esta es toda la intención de aquel alborozado concurso.

II.

La festividad de los Ramos es una institución antiquísima. La procesion bien puede tenerse por una de las funciones mas solemnes del año, instituida por los Apóstoles, según afirma Polidoro Virgilio. Era de antigua observancia el que los sacerdotes, revestidos de sagrados ornamentos, llevaran en andas al Santísimo Sacramento, y en otras el Sagrado Evangelio. Las palmas que llevaban las adornaban de oro, plata y muchas piedras preciosas. A estas procesiones asistían, los emperadores y reyes; y para que podáis formaros una

idea de la grande importancia y solemnidad que en lo antiguo se daba á la procesion de Ramos, notad con que singular esmero la hacían practicar los emperadores católicos de Oriente. Una semana antes de esta festividad, disponían un pasadizo de madera desde el palacio á la iglesia, y cuidaban que para este día estuviese ya vestido y adornado con variedad de ramos y flores. Salía el emperador acompañado de toda su corte, llevando en una mano una cruz y en la otra un lienzo; mientras tanto los músicos de la capilla imperial entonaban una antifona.

Esta majestuosa pompa precedía á la procesion, que salía al llegar la imperial á la iglesia: durante la procesion, el pueblo no cesaba de esparcir ramos de árboles y flores, resultando un maravilloso alfombrado en pocos instantes. Concluidos que eran los divinos oficios, el emperador volvía por el mismo puente á palacio, precedido de la corte y servidumbre.

Ya sabía el público que podía desnudar aquella hermosa empalizada despues del ceremonial; y las gentes con el mayor entusiasmo llevaban á sus casas aquel adorno como cosa bendita. La guardia imperial en este día, recibía distincion del emperador; además de una paga extraordinaria, se les daba también ramos de palma, y estos iban adornados de hojas de plata y oro. Las palmas en aquellos tiempos estaban en grande estima; tanto, que los Pontífices, como una singular distincion, enviaban palmas á los emperadores. En las catedrales de España en particular, se hace con gran solemnidad, tanto la bendicion de los ramos como la procesion que recorre los magníficos claustros, de algunas de nuestras iglesias.

En la Capilla Real no deja de ofrecer interés este acto, teniendo en cuenta las hermosas galerías con que cuenta el Real palacio; y que á esta procesion asisten los reyes, llevando en la mano vistosas palmas, y toda la corte de ceremonial, contribuyendo no poco á dar realce á la solemnidad de este día.

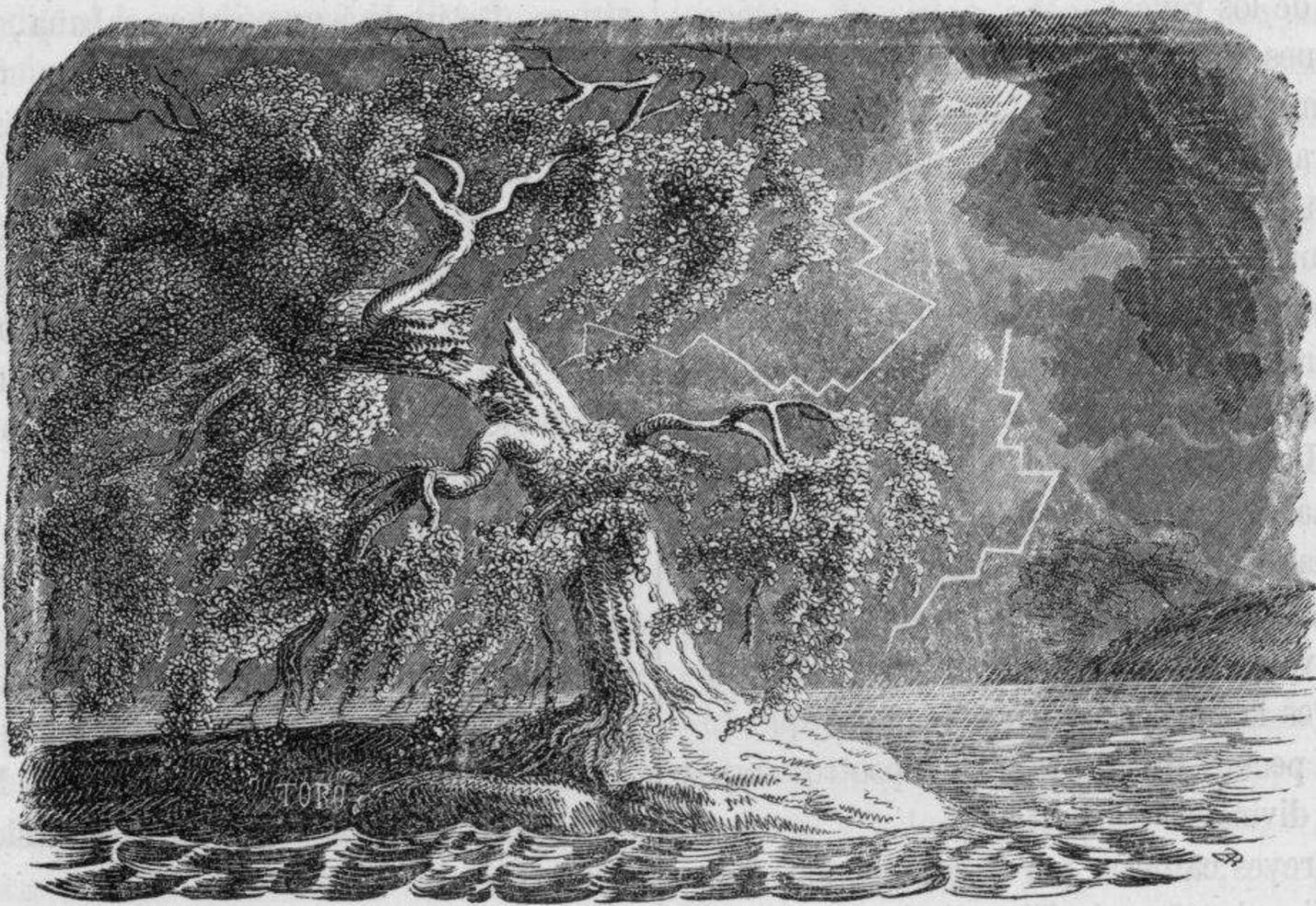
Casimiro CLAVIJO.

LOS CEDROS DEL LÍBANO.

Hiram, rey de Tiro, y Salomon, rey de Israel, fueron juntos en una ocasion á ver los cedros del Líbano. Ambos reyes paseaban del brazo á la aromática sombra de aquellos altos árboles, é Hiram se regocijaba oyendo los sábios discursos del rey de Israel. La paz hacia

floreecer en torno suyo los campos, pues Salomon é Hiram habian hecho una alianza y eran amigos, y sus pueblos lo eran tambien. Quedáronse los dos reyes parados mirando á lo lejos, y de repente Hiram, el señor de Tiro, habló á Salomon así:

«¡Dichosos nosotros que somos amigos! Continuemos siempre tan firmes en nuestra amistad como estos cedros, y conservemos lo mismo á los pueblos que nos rodean.»



Los cedros del Líbano.

Salomon le contestó:

«Con razon se llama al cedro el árbol de los reyes, porque es el mas alto de todos y su forma está llena de majestad: crece en lo mas elevado de las montañas, bebe de las nubes y necesita al arroyo que baña su pié. Sus raices abrazan las rocas de la tierra y oculta su cima en el azul de los cielos. La tempestad ha pasado durante muchos siglos por encima de estos árboles, y el trueno ha rodado sobre sus cabezas, pero ellos continúan firmes, libres como Dios, y sin correr los peligros que otros árboles mas pequeños. Por eso se llaman tambien los árboles de Dios, plantados por Jehová, y son imágen del Altísimo.»

— «Solo una cosa les falta, dijo Hiram, la olorosa flor y la fresca fruta.»

Entonces sonriéndose Salomon, le dijo: «¿Hablas de veras? ¿O como el señor de pueblos conquistados? ¿No dá olor todo el cedro? ¿Y para qué necesita la fresca fruta la cima de las montañas? ¿No conduce al atrevido marino á través de las espumosas olas? ¿No sirve para abovedar los palacios de los príncipes? Y pronto, Hiram, servirá en Jerusalem para un templo de Jehová. ¿Hay acaso, amigo mio, fruto mas noble que el que se apetece para los palacios?»

Mientras hablaban de esta manera, se levantó de repente una tempestad en el Líbano, y comenzó á tronar. Los reyes se quedaron en

lo mas espeso del bosque llenos de temor; un rayo que partió de las nubes atravesó á un cedro desde la copa hasta la raiz y cayo rodando por la pendiente de la montaña. Pero la tempestad pasó enseguida, y los dos reyes fueron á ver el cedro caido, junto al que comenzaron á decir estas palabras: ¿Qué son todas las grandezas de la tierra en presencia del Todopoderoso? Él hace rodar los cielos como una paja, y la tierra es ante Él como una gota de agua en el mar. ¡Quién puede presentarse ante el Rey de los reyes!

Despues de otras muchas reflexiones, mientras aun continuaban al lado del cedro caido, dijo Hiram: «Cuando se ha contemplado la naturaleza en su terrible grandeza, parece casi una locura querer edificar un templo al Señor de la creacion. ¿Para qué necesita templos hechos por manos de los hombres?»—«No es Él, respondió Salomon, sino el hombre, quien necesita. La inmensa obra de la creacion le obliga á inclinarse y hundirse en el polvo de que está formado su cuerpo. La obra de sus manos debe elevarle, aunque limitada por el invisible que se vé en todas partes. El espíritu del hombre no es la bóveda de carne y hueso que cubre su pecho. Hiram, tambien nosotros somos de raza divina.»

Los reyes callaron por largo tiempo. Despues dijo el señor de Tiro. «¡Ay! ¡nuestras vidas son semejantes á este cedro antes de la tempestad!»

—«Sí, replicó Salomon; pero tambien se asemejan á ese cedro despues de la tormenta. ¿No sientes, Hiram, el aroma que deja ahora en el bosque al morir?»

José S. BIEDMA.

EL JARRON DE PLATA.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS.

En una hermosa tarde de invierno, encontrábanse en uno de los castillos feudales de la antigua Escocia, dos hombres al parecer ami-

gos, conversando alegremente al lado de una colosal é histórica chimenea, recostados en cómodos sillones y atizando con frecuencia la vivaracha y consoladora llama.

—¿Pero es posible que no conozcais al antiguo Sr. de Monden, al aristocrático propietario de este castillo? Dijo el mas jóven de los dos dirigiéndose á su compañero. El Sr. de Monden, es un anciano mil veces mas orgulloso que el rey de Inglaterra. Sus desdichas en lugar de abatirle, han aumentado su natural altivez. Retirado á una pobre cabaña, situada á algunas leguas de esta residencia, pasa su vida en una sola ocupacion, bien triste por cierto, la de aborrecerme, á pesar de que templan su encono su mujer y su hija, que son en verdad dos ángeles.

El mismo pescador que les ha cedido la cabaña, me ha dicho que sin esas dos criaturas consoladoras, el anciano habria muerto ya seguramente de despecho. En su furor les ha prohibido pronunciar mi nombre, ni el de su antiguo castillo, habitado segun él dice por un miserable.

Ya lo oís, amigo mio, un «miserable,» porque soy el dueño del castillo.

Pero ¿tengo yo la culpa de que Monden arruinado se haya visto en la necesidad de venderle?

Todo, porque malas lenguas se han ejercitado en difundir por el país, que me he enriquecido á costa del antiguo propietario, tan solo porque he sido durante tantos años su administrador; porque la envidia se ensaña siempre en el que enriquece. ¡Como si no pudiese un administrador enriquecerse sin robar á su amo! Doctor, Oliverio Oussel, vecino y amigo mio, os puedo asegurar con toda verdad, que si bien mi fortuna ha sido acumulada de una manera estraña é incomprensible, este castillo y todas sus dependencias me pertenecen en pleno derecho. ¡Bien me las han hecho pagar!

Es verdad que el Sr. de Monden no ha recibido un solo escudo, porque la justicia lo ha adjudicado todo á sus acreedores; nada han percibido tampoco, porque eran deudores míos..... pero al fin, se ha obrado con toda

justicia. El castillo es mio, legítimamente mio.

Doctor Oliverio Oussel, vecino y amigo mio, regocijémonos y no miremos mas que al presente. El pasado y el porvenir son dos necesidades, de las que no podemos disponer.

Así hablaba Salomon Nabot á uno de sus vecinos, recién llegado al señorío de Monden.

El doctor Oliverio Oussel, era un hombre reflexivo, y para el que la melancolía y la meditación eran una verdadera costumbre. Nada respondió al largo discurso de Salomon, ninguna impresion nueva se reflejó en aquel rostro severo é imparcial, pero recostado en el gran sillón colocado al pié de la gran chimenea señorial, pensaba en su interior.

—Este Salomon Nabot que me llama su querido, su amigo, y me convida para solazarme con él, será en efecto como él dice, un hombre de recta conciencia?....

Yo le sorprendí algunas veces muy agitado.

Esta mañana mismo cuando entré de improviso en su gabinete, se golpeaba la frente, como si tuviese que reprocharse una imprudencia, tal vez una mala accion; ¿quién sabe? ¡Salomon! ¡Salomon! ¡Tu fortuna ha sido tan rápida como incomprendible!

Luego, recordando que su huésped estaba allí, aguardando su respuesta, le preguntó con cierta malicia que no se escapó á la penetracion del judío.

—Decidme, Salomon; cuando este castillo ha pasado á vuestras manos, ¿no habeis tenido la curiosidad de informaros de sus leyendas tradicionales? No existe en Escocia un solo castillo que no tenga sus crónicas maravillosas, que se confunden en la noche de los tiempos.

—¿Y podeis dudarle? lo primero que hice al verme propietario, fué recorrer las páginas de un antiguo pergamino, en el que están consignadas todas las creencias populares, ligadas á la historia de estos espesos muros. Y ahora me haceis recordar doctor, que de todas esas leyendas, ninguna mas interesante que la del *Jarron de plata*.

—Contádmela, pues, dijo el doctor, arrojando hácia el fuego el sillón.

—Hace muchos siglos, dijo Salomon, que los Sres. de Monden transmiten á sus descendientes un jarron maravilloso, que tiene la virtud de alejar del palacio todos los espíritus malignos y las «desgracias.» Las «desgracias,» Oliverio, por lo que encuentro que la leyenda ha concluido por equivocarse, toda vez que la desgracia se ha desplomado sobre la cabeza del Sr. de Monden..... pero dejando aparte los cuentos de vieja, ¿dónde está ese jarron que no le han visto todavía mis ojos? Y sin embargo, es preciso que yo le encuentre. Yo ajusté el castillo con todo absolutamente..... ese jarron, es de plata, y de plata maciza tal vez..... Cuando yo tomé posesion del castillo, no conocia todavía la leyenda..... ¡Oh! lo primero que hubiera hecho, reclamar el jarron.

—Y es probable que no le hubierais conseguido, respondió Oliverio con sequedad; eso es un objeto sagrado para los Sres. de Monden, una especie de talisman de familia, y el antiguo propietario llevándole consigo, estaba en su derecho.

—¡Cómo en su derecho! exclamó furioso Salomon; ¡pues qué! ¿no he comprado yo el señorío con todas sus dependencias? ¡Por Baco! necesito ese jarron, vecino; ¡un jarron de plata maciza!

—Pues os aconsejo, Salomon, que no lo reclameis; ó no le obtendreis, ó si os le entregan forzosamente, os acarrearán á desdichas. Es preciso respetar el infortunio. El Sr. de Monden mira sin duda ese jarron como un objeto sagrado, objeto de un valor inmensurable, único recuerdo que le resta de la grandeza que heredó de sus padres. Ese jarron es para él un nudo de alianza entre lo pasado y el porvenir.

Creedme, os repito, Salomon Nabot, no reclameis esa alhaja. Ese es para Monden una reliquia, un objeto de devocion. ¿Y tendreis valor para arrancársele? Yo creo que aun la justicia humana os condenaria.

—¿Y lo creéis, doctor? pues bien, yo no conozco esa ley que me condena. Lo que me importa es el jarron de plata maciza.

—Reflexion que no habrá hecho jamás el Sr. de Monden, dijo el doctor.

—En ese caso, replicó Nabot, si no le importa que sea de plata, le será tambien indiferente cambiarlo por uno de cobre..... es decir, si el no piensa en el valor del metal.....

—¡Salomon! Salomon Nabot, se conoce que sois un rico de ayer á hoy, porque sois avaro. Tened cuidado con vuestros intereses. A la fortuna no se le puede decir jamás, «dame mas, dame mas todavía, dame cuantas riquezas quepan en lo posible.» La fortuna concluye por impacientarse y nos vuelve la espalda.

La fortuna es la constante amiga de los espíritus moderados y de los corazones reconocidos..... Pero, adios, voy á tomar mi cabalgadura para ir á visitar algunos enfermos en la vecina aldea. El médico pertenece á todos, su vida es errante como la del peregrino. ¿Qué quereis vecino? no todos tenemos un castillo como el de Salomon Nabot.

—¡Bien! muy bien, exclamó Salomon; hé aquí un hombre á quien no volveré á convidar en mi vida. Su moralidad me fatiga, digo mas, me preocupa de una manera particular..... ¡pero ese hermoso jarron de plata! ¿Será posible que no consiga verle en mi poder?

Salomon Nabot, se durmió pensando en el jarron de plata, y esa joya fué el objeto aquella noche de todos sus ensueños.

Al dia siguiente presentóse á la puerta del castillo un robusto montañés, portador de una carta para Salomon.

El judío la abrió con mano trémula y leyó lo siguiente:

«Caballero: nos vemos por desgracia reducidos á la última miseria; os escribo en secreto remitiéndoos este brazalete, que es para mí una de las joyas de mas valía.

Tomad esta prenda y enviadme enseguida algun socorro. Mi padre se ha quedado ciego, y la enfermedad de mi madre ha venido á colmar nuestro infortunio.

Como mi incesante trabajo no basta para sostenerlos, aguardo con impaciencia vuestra respuesta.

Os saluda, señor, *Edilia Monden.*»

—¡Qué orgullo! exclamó Salomon releyendo la carta; esta muchacha ha heredado toda la soberbia de los Monden..... ¡pero que ocasion se me presenta para ejecutar mi proyecto!

«Señorita.

Podeis creer que tomo una parte muy viva en vuestros pesares, y no sé que diera por consolaros, á pesar del ódio que vuestra familia me profesa.

Os suplico que guardéis esa joya que os es tan querida, ese brazalete, que mi delicadeza no me permite tomar y me creeré muy dichoso socorriéndoos por otro medio muy distinto. El señor de Monden, vuestro noble padre, tiene en su poder un antiguo jarron de plata que forma parte del mueblaje del castillo que os he comprado. Sin duda, ese objeto ha sido llevado por ignorancia. Tened la bondad de devolvérmele, y os enviaré inmediatamente la suma que me haceis el honor de pedirme.

Soy, Señorita, con el mas profundo respeto, vuestro humilde servidor, *Salomon Nabot.*»

—Hija mia, decia entretanto á Edilia el antiguo Sr. de Monden, la paciencia y el ánimo, son para la adversidad lo que la lima para el hierro; tarde ó temprano concluyen por vencerla. Nuestras desdichas han sido muy grandes, pues bien, hagamos que nuestra alma sea mas grande todavía. Esta cabaña y un nombre ilustre bastan para mi dicha..... es verdad hija mia, y tú jóven y sencilla, tienes muchos años de peregrinacion sobre esta tierra, y mi herencia..... ¡oh esta idea me mata!

—¿Por qué mi padre me habla en ese tono lúgubre y lastimero? Exclamó Edilia con dulzura ¿No sabeis ya padre mio, que ni me espanta la pobreza ni el trabajo?

—Sé que mi hija es un ángel, exclamó á su vez el pobre anciano; un ángel, ora lleve un manto de terciopelo, ora envuelva su talle en un grosero sayal.... pero escucha Edilia, porque tengo necesidad de confiarte un secreto.

La hija de Monden, acercó su sitial al de su

padre, y redobló la atención con que le escuchaba.

—Mi fortuna, añadió el padre, ha sido destruida por las infames maquinaciones de un hombre, cuya perversidad estaba muy lejos de sospechar.

He perdonado á ese hombre porque soy cristiano, pero mi dignidad y la nobleza de mi sangre me ordenan que le desprecie, y me prohíben tener con él aun la relación mas indiferente.

Así, pues, hija mia, vas á prometerme solemnemente, que no tendrás con el nuevo propietario, no digo yo relaciones amistosas, pero ni aun las que exige la buena política. Exijo mas de tí aun; exijo que hagas cuanto te sea posible por olvidar su nombre..... en cuanto á mí, yo no le recuerdo siquiera.

Edilia bajó la cabeza.

Aun tengo que recordarte otra cosa, hija mia. Yo soy ya muy viejo y casi ciego, y puedo morir de un momento á otro, cuando menos lo pienses. Mi herencia se reduce como sabes, á algunas ropas y objetos curiosos que hemos logrado sustraer á la codicia de mi desalmado usurpador. Si despues de mi muerte os encontráis reducidas á la última necesidad, podreis desprenderos de todos los objetos que me han pertenecido, hasta el arpa que un bardo amigo regaló á uno de mis abuelos, hasta de mis armas, soberbiamente cinceladas..... ¡Ay! ¡esas eran armas nobles y hereditarias!.... En fin, la necesidad carece de ley, y lo vendereis todo, todo..... pero ¿qué digo? ¿Todo?.... No, no..... escucha, hija mia, entre los pocos objetos que poseo, hay para mí uno sagrado sobre todos, y que en ningun caso venderas, ni entregarás á nadie. ¡Solo el rey podría ser el depositario ó heredero! Un jarron de plata que está allí escondido en el cofre de encina. Este jarron, es como el Palladium de Roma, y sería un sacrilegio que pasase á otras manos que las de un Monden. ¡Y no existe ya uno solo de los miembros de nuestra ilustre parentela!

¡Nuestra raza se reasume solo en tí; pobre hija mia, y mi única heredera!.... pero escu-

cha..... acerca de la historia del jarron de plata, solo te diré que el primer señor feudal de Monden, le legó á su hijo, haciéndole jurar sobre su cabeza que le transmitiría á su hijo, exigiéndole el mismo juramento. Asi ha venido este sagrado talisman, de generacion en generacion, hasta nuestros hogares. Por eso ha sido siempre para nuestra familia el símbolo del honor, de la gloria y de la virtud. El jarron hereditario de los señores de Monden, les recuerda lo que deben á Dios, al rey de Escocia y á sus vasallos..... Durante muchos siglos atrajo sobre la ilustre casa toda clase de bienes.... Hoy que el último de los Monden es infeliz, esa noble reliquia de una gran fortuna debe ser conservada con mayor esmero..... obrar de otra manera, sería obrar con cobardía, sería, casi.... un sacrilegio.

Edilia se arrojó á los pies del anciano y echó á llorar amargamente; Monden la abrazó con ternura y procuró calmar su emoción con leyendas mas romancescas y menos tristes.

Al dia siguiente, muy temprano presentóse á la puerta de la cabaña un hombre vestido de negro, y dirigiéndose á Edilia que como la última paisana, estaba ya armada de su rueca; le dijo un tanto conmovido.

—«Señorita: soy uno de tantos infelices á quien vuestro ilustre padre ha colmado de beneficios, y aunque en el dia soy bastante rico, no se ha estinguido todavía en mi corazón un sentimiento de gratitud, que durará tanto como mi vida. Vengo solo á preveniros que vuestros implacables acreedores, aquellos á quienes no bastan vuestros castillos, y vuestros señorios, porque la usura es voraz como el juego, han resuelto venir de improviso para opoderarse de la persona de vuestro anciano padre á la vez que de varios objetos preciosos, que os acusan de haber sustraído del castillo. Adios señorita, y quiera el cielo protegeros.»

El desconocido desapareció, y Edilia sintió que todos sus nervios se estremecían de terror. Entonces no sabiendo que partido tomar, cayó de rodillas, y oró con el mayor fervor. En seguida tomó rápidamente la pluma, y escribió de nuevo á Salomon Nabot, enviándole se-

cretamente su carta por un joven pescador.

Como el castillo estaba situado á corta distancia, el mensajero volvió antes que Monden dejase el lecho.

He aquí la respuesta de Salomon Nabot.

«Comprendo Señorita vuestra espantosa posición; pero, en tanto que el jarron de plata no esté en mi poder, nada puedo hacer en obsequio de vuestro ilustre padre.»

Esta respuesta hizo en la pobre Edilia el efecto de un rayo.

El sol doraba ya las cimas de las montañas, y las olas del mar se teñían á lo lejos de un hermoso color de fuego; el cielo estaba cubierto de un azul purísimo, y la primera brisa de la mañana era suave y embalsamada. Las perlas de rocío brillaban sobre las ramas de los árboles, y sobre los matorrales; la alondra cantaba en la copa de las encinas, y los pescadores cantaban alegremente, aprestando sus barquillas.

Era una hermosa mañana de Febrero: jamás la naturaleza se había sonreído con más dulce serenidad.

El alma de Edilia, se hallaba entregada á una lucha febril, angustiosa, mortal.

Al fin la cabeza de la pobre niña se perdió en el delirio. De repente se levanta, se abalanza hacia el cofre de encina, saca el jarron de plata, le envuelve en una tela de seda, y saliendo sin ser vista de la cabaña, toma precipitadamente el camino del castillo.

Salomon Nabot que se encontraba en el patio, apenas divisó á la hija del Señor de Monden, se adelantó hacia ella y la saludó, con la mayor cordialidad y respeto.

Entremos caballero, dijo Edilia casi desfallecida; aquí teneis el pago que hemos convenido.... necesito una bolsa con veinte escudos de oro para mi padre.

—¿Veinte escudos Señorita?... Pero en fin, se tratará de complaceros.

Salomon caminaba delante y Edilia le seguía atravesando varias habitaciones, situadas en el piso bajo del castillo. El judío daba hospedage aquel día á una gran partida de cazadores de la primera nobleza que se habían visto precisa-

dos á detenerse en el castillo de Monden á causa del mal tiempo.

Los huéspedes contemplaban absortos á la hija de Monden que pálida, anegada en lágrimas y agitada por una convulsion violenta seguía con planta vacilante los pasos del judío.

—¡Dios mio! exclamó uno de ellos reconociéndola ¿es esta la hermosa niña que admirábamos en la córte hace algunos años? ¡qué lástima! parece mentira que el soplo del infortunio haya marchitado tan pronto su belleza!

—¡Señorita! dijo uno de los caballeros cortándole atrevidamente el paso ¿será una indiscrecion preguntaros qué venis á hacer en casa de un condenado como Salomon Nabot?

—¡Oh! decidnos señorita ¿que desgracia os aqueja? Creed que hablaremos en vuestro favor al buen rey de Escocia, añadió otro de los caballeros acercándose á Edilia.

Salomon detuvo su marcha, fijó sus ojos de halcon en los caballeros, y empezó á temblar; pero Edilia se compadeció de su turbacion, y pasó adelante sin responder una sola palabra.

—La señorita dijo descaradamente Salomon, me hace el honor de venir hoy al castillo—y sin que yo le haya hecho la menor invitacion—para entregarme un depósito sagrado... un jarron de plata, perteneciente á su noble familia.

—¡El jarron de plata de los Monden! exclamó uno de los caballeros levantándose, y deteniendo fuertemente al judío. No, Salomon, no, es preciso que tu hayas empleado medios muy violentos para decidir al ilustre caballero á separarse de su talisman hereditario; tal vez no sea esto mas que un nuevo acto de usura por tu parte... Señorita... guardaos ese precioso recuerdo de familia, y decid al noble Señor de Monden que para él han concluido ya las horas de llanto. Creedme señorita... yo soy una de las personas mas allegadas al rey y os juro por mi honor que nuestro soberano volverá á vuestra ilustre familia todo su esplendor.

—Salomon Nabot, añadió volviéndose hácia

el judío que le miraba sorprendido, os juro que muy pronto sereis llamado á Edimburgo á rendir cuentas al Tribunal, de vuestra improvisada fortuna.

El judío se estremeció, y su rostro se puso pálido como el de un cadáver.

El que acababa de hablar no era otro que el mismísimo rey de Escocia.

Edilia volvió á toda prisa á la cabaña y guardó de nuevo el jarrón en su cofre de encina, dando gracias á Dios con toda su alma por tan inesperado suceso.

Poco despues Monden dijo á su hija con un acento que revelaba toda su alegría.

—He tenido un sueño magnífico; figuráte que te veía á los pies del rey de Escocia, y que nuestro soberano te decia levantándote con la mayor bondad.

—Olvida tus desgracias.

Apenas el anciano habia concluido de hablar llamaron fuertemente á la puerta de la cabaña. Edilia sintió un escalofrío glacial. Pensó en las amenazas del hombre que se le habia aparecido aquella mañana, y se sintió morir. Sin embargo, abrió la puerta desvencijada, y en lugar de su implacable acreedor, apareció el rey de Escocia, seguido de sus caballeros.

—Mi querido y leal Señor de Monden, dijo el rey dirigiéndose al anciano, vuestros infortunios han cesado ya para siempre. Venid á Edimburgo, porque quiero oírlos de vuestra misma boca, y entonces proveeremos á la re-

paracion. Soy un leal servidor que no ha faltado nunca á sus compromisos con el rey, un hombre que ha servido siempre bien á la Escocia.

Luego volviéndose hacia Edilia que le contemplaba ruborizada, le dijo en voz muy baja:

—Confesad señorita que el jarrón de plata es para vuestra familia un verdadero talisman. Ya veis que la tradicion no ha mentido... pero tranquilizaos; nadie sabia que habias salido esta mañana con el objeto de desprenderos de tan preciosa joya.

Edilia fijó en el rey una mirada que expresaba su profundo agradecimiento.

Pocos dias despues, el anciano señor de Monden salia para Edimburgo con

toda su familia, y su inapreciable jarrón de plata.

Robustiana Armiño de CUESTA.

IMPERIO DEL CRISTIANISMO EN FRANCIA.

La Francia era pagana; pero se convirtió al cristianismo, gracias á la buena y santa reina Clotide, esposa del rey Clovis.

Este rey adoraba ídolos horribles, á los cuales ofrecia sacrificios espantosos de carne humana. Clovis amaba tiernamente á su esposa, y cuando se paseaban juntos por los jardi-



El rey de Escocia y Edilia.

nes, escuchaba con admiración la pasión y muerte del Hijo de Dios, que vino á redimirnos del pecado. A pesar de esto, no quería hacerse cristiano.

Clotilde tuvo un niño, y sin embargo que su padre no profesaba la religión cristiana, le hizo bautizar.

El niño murió á los pocos años, y Clovis no dudó que era la venganza de los dioses por haberle hecho cristiano.

Un año después tuvieron otro hijo, y fueron necesarios todos los ruegos de Clotilde para que el rey dejase que fuese católico.

Le dieron por nombre Clodomiro; pero la desgracia perseguía á la piadosa reina, porque un año después Clodomiro cayó peligrosamente enfermo.

El padre estaba desesperado, y cada vez que entraba á verle, no ocultando su ira á la reina, le decía:

—Habeis hecho bautizar á mi hijo, y mis dioses se vengán. Vuestro Dios es impotente; vuestro Dios no es el verdadero cuando no viene á vuestro socorro.

Y se marchaba profiriendo terribles amenazas.

La pobre Clotilde sufría mortales angustias, y no sabía que partido tomar.

La enfermedad del niño iba en aumento, ya casi no respiraba y su vida parecía que iba á extinguirse por momentos.

La reina velaba al lado de su cama sola y acongojada.

De repente el niño hace un movimiento, agita los brazos, pide de beber y sonríe á su madre.

El peligro ha pasado.

Pocos momentos después Clovis entra en el cuarto de su hijo y se adelanta á la cama: el

niño reconoce á su padre y se sonríe.

Acarícialo el padre trasportado de júbilo, y exclama:

—¡ Ah, Clotilde!... tu Dios es bueno, tu Dios es grande!

— Adoradle como yo y hacéos cristiano, dícele la piadosa reina.

Clovis no contesta; pero mil pensamientos se agolpan en su mente.

Poco tiempo después parte para una batalla contra los alemanes.

Clovis nunca había sido vencido; pero en aquel día sus armas iban á sucumbir; sus soldados estaban aterrados, y Clovis herido en el rostro invoca en vano sus falsos dioses.

El peligro crece, los dardos de los alemanes llueven sobre el rey, sus soldados están prontos á huir, la gloria de los francos vá á perderse, cuando haciendo Clovis un supremo esfuerzo, dice con fé evangélica.

—¡ Dios de Clotilde, yo te imploro, ven á mi socorro!.... Si gano la batalla, te hago voto de hacerme cristiano.

Un imprevisto cambio se opera en las tro-



Conversion de Clovis al Cristianismo.

pas: los alemanes, asustados de aquel repentino ardor, huyen espantados y gana Clovis la batalla.

Lleno de gloria y cubierto de sangre y polvo, corre á palacio, entra en el cuarto de Clotilde, la abraza con efusion y la dice:

—Que el verdadero Dios sea bendito y ensalzado, querida esposa: ya soy católico.

Poco tiempo despues fué bautizado Clovis y tres mil soldados con él, en la catedral de Reims.

Clotilde murió en *Tours*, siendo ejemplo de virtudes cristianas.

Clodomiro, jóven aun, murió en una batalla.

Uno de sus hijos, Clodoaldo, fué el fundador de *Saint Cloud*.

MARGARITA LA JARDINERA.

—¿Qué está V. cavando ahí? interrogó la bella Margarita á Francisco que estaba abriendo surcos á los arbustos y plantas de su jardin.

—¿No lo conoces? Como dentro de pocos dias deben empezarse á regar algunas plantas, y en particular los arbustos, dispongo las orillas de modo que puedan envasar el agua.

—¿Y qué plantas son las que ya necesitan riego este mes? porque segun veo y dice, no abre V. surcos á todas.

—En general, se riegan los arbustos y rosales, pero con escasez: el agua se prodiga á las que están en tiestos y acirates.

—Me alegro saberlo, porque regaré con abundancia mi rosal enano.

—No con tanta agua que se pudra, porque las flores, como todas las cosas, necesitan un justo medio.

—¿Sabe V. que tapando cuidadosamente con una estera por la noche, los jacintos y tulipas, como V. me advirtió lo hiciera, he conseguido avivarlos, y que pronto tendrán flor?

—Mira cuantos jacintos tengo por haberlos preservado como tú del frio de la mañana.

—¡Cuántos y qué bonitos!.... ¿Y cuando

irá V. por casa á hacer los esquejes de mis clavellinas?

—Los esquejes deben hacerse á últimos de este mes: dentro de cinco ó seis dias iré por allá.

—Muy bien. ¿Pero qué tiene V. ahí tan tapadito con paja? Parecen cebollas.....

—Son los tubérculos de dalias, que se estienden sobre una capa de tierra para que esta ayude la salida del renuevo, para plantarlos cuando tienen este.

—¿Mas la paja de qué sirve si la tierra les comunica su humedad?

—De que el sol no la absorba, y que no exista aquella en exceso.

—El segundo toque, Margarita, dijo la madre de esta, indicando que debian ir á misa.

—Es verdad, quede V. con Dios, Señor Francisco, que nos vamos á misa. Hasta dentro de seis dias.

—¿No quieres un jacinto, que son tan preciosos?

—Con mucho gusto.

—Tú misma elige y corta el que quieras.

—Ese, el primero; todos son preciosos á cual mas.

—¿Y otro para mamá?

—Es V. muy galante.

Y salió Margarita del jardin saludando con gracia al bueno del jardinero, que tanto simpatizaba con aquella encantadora niña.

Faustino BASTUS.

ARTE DE BORDAR.

V.

Al trapo.

Hay dos clases de puntos, que aunque con ambos se forman calados, no entran en los puntos de encaje. Las bordadoras los emplean muy ordinariamente, pero las encajeras no saben hacerlos: llámanse *presillas*, y son muy fáciles de ejecutar y de muy bella vista, especialmente en telas claras.

Para hacerlos se toma una aguja tan gorda que despues de haberla sacado de la tela quede en esta un agujero que se perciba bien; se enhebra con hilo muy fino, que se asegura al ojo de la aguja con un lacito, porque sino se desenebraria á cada instante, y en seguida se mete al principio del dibujo de la *presilla* cuyo diseño es el de un cordon ancho con dos líneas rectas ú ondeadas; clávase de plano junto á la línea inferior dicha, que se tornará á sacar despues de algunos hilos, y así quedarán abiertos dos agujeros, el uno delante y el otro detrás de la aguja: vuélvese á introducir esta por el primer agujero, y sácasela otra vez por el segundo apretando fuertemente este punto. Hecho esto, se volverá la aguja que se habia colocado de llano, con la punta hácia la bordadora, y se le dará otra vuelta de modo que quede á lo ancho delante de la misma que borda, echada sobre el índice izquierdo y con el ojo mirando á la uña. En seguida se hincará á derecha sobre el segundo agujero que dejó hecho, y por el mismo se le sacará. Este punto, que se llama *punto-de-en-medio*, no se redobra, hallándose el hilo que se volvió á pasar, sobre los hilos de la tela tomados últimamente, porque se vuelve á meter la aguja en el nuevo agujero, y se restituye la aguja á su primera posicion, haciéndola repetir, muy cerca de la línea superior del diseño, el *punto-doble* que hizo en la línea inferior, despues de lo cual se comienza de nuevo el *punto-de-en-medio*; y así los restantes. Este punto, llamado *presilla á la turca*, produce el efecto que indica. Si se quiere hacer una *presilla turca* doble, se hace otra segunda presilla encima de la primera, tomando los puntos de esta por la izquierda, sin mas diferencia de que para esta union se hará un punto sencillo en lugar del punto doble.

La otra presilla, llamada *presilla de escalera* ó *de escala*, se hace y se describe con mas facilidad. Siendo la aguja gorda y enhebrada como para la precedente, se tomarán algunos hilos en la tela por el lado de una de las líneas ó rayas del dibujo, y pasando dos veces la aguja por los mismos agujeros, apretando

fuertemente cada vez, y sacándola, no por delante de la bordadora como se practica de ordinario, sino á la izquierda, de suerte que el ojo de la aguja esté vuelto al medio de la palma de la mano derecha, se sacará otra vez la aguja tirando con fuerza el hilo hácia la derecha, haciendo aun otras dos puntadas en el mismo agujero, lo que producirá una especie de pequeña *barreta* entre dos agujeros. Se volverá á meter la aguja á la punta de la *barreta*, y se la tornará á sacar despues de haber tomado el mismo número de hilos con corta diferencia que la primera vez, y repitiendo la operacion, se tendrán una serie de *barretillas* ó *escaloncillos*.

Se vuelve luego á coger el hilo, dejando una punta de la hebra delante del último punto de la presilla que se va continuando por encima. Esta *presilla de escalones* no se hace sino en línea recta, y se usa comunmente en medio de las hojas, y particularmente en las que tienen picos; porque señala muy bien las venas y pezoncitos de las hojas, y hace resaltar el bordado. Este se *acordona*, es decir, se hace en el un cordoncillo por los dos lados antes de bordar las flores, que divide, para que no salgan desiguales las puntadas, y despues se puede hacer el *bordado* sin inconveniente.

La *presilla*, que es muy fácil de ejecutar en muselina ó gasa, no lo es tanto en una tela espesa y tupida, porque en este caso es necesario sacar á lo largo los hilos de la tela comprendidos en las dos rayas del dibujo, y continuar los *escalones*, como se ha dicho, sobre los hilos restantes al través.

Ni esta ni la antecedente *presilla* se pueden hacer en muselina almidonada ó con aderezo; porque los hilos de la tela se quiebran á cada momento. Sin embargo, si la muselina está almidonada, como no se puede andar cosiendo la obra á cada paso, nos queda el partido de humedecer el trozo de tela en que se quiere hacer la presilla.

Tambien se hace un cordon ligero en la *presilla á la turca*. Trázase á punto largo, ó se pone sobre la obra una hebra de algodón, que se asegura al borde de la presilla, dando

una puntada de *punto de sábana* en cada agujero; y aun muchas bordadoras hacen en lugar de dicho *cordón de presilla* un verdadero *cordoncillo*.

Sirve asimismo la *presilla á la turca* para hacer costuras muy lindas sobre telas ralas ó claras, y para esto se colocan de plano uno sobre otro los dos pedazos que quieren unirse, y sin hacer dobladillo interior, se juntan hilvanándolos ligeramente; debiendo representar los hilvanes las líneas del dibujo de la *presilla*, la cual se ejecutará segun el método ordinario, tomando ó cogiendo ambos pedazos á la vez, apretando bien las puntadas. Sáquense despues los hilvanes, y córtense por encima y por abajo las partes desfilachadas de dichos pedazos, y así resultará una costura bonita y sólida. Esta clase de *presilla* no se *acordona*.

Como por lo comun se hace un *feston* debajo de los bordados al *trapo*, diremos cómo se *festonea*.

Prevenido un dibujo que tenga ondas convexas y cóncavas ¹ alternativamente, se aplicará sobre este dibujo la tela que ha de festonearse, y se *trazará* cada onda con un algodón ó hilo de zurcir: lo cual hecho, dóblese sobre el dedo índice de la mano izquierda la tela sostenida de una parte por el dedo de en medio, y de la otra por el dedo mas pequeño vulgarmente *meñique*, y en seguida se clavará la aguja por dentro de la onda á lo largo del trazado; se sacará despues sobre el pulgar de la izquierda, de modo que la punta de la aguja toque á la uña, y en seguida se pondrá debajo de dicho dedo pulgar la punta vuelta de la hebra para retenerla, y la misma hebra tambien; y tornando á meter la aguja muy cerca del primer punto, se le sacará soltando poco á poco el lacito que forma el algodón retenido bajo el dedo pulgar; y dicho lacito termina rodeando el hilo al apretarle. A medida que se va soltando, se retiene el algodón en el dedo pequeño de la mano derecha, á fin de que el punto salga bien igual, y esto se llama *punto-anudado*. Continúase de la misma manera: pues habiendo llegado á la extremidad

ó punta del pico se vuelve la aguja, pasándola debajo de las dos ó tres últimas puntadas, y se comienza el siguiente pico ú onda repitiendo la dicha operacion, advirtiéndose que cuanto menos tela se coja con el *trazado*, mas lindo saldrá el feston. Se volverá á coger el algodón como al principio, volviendo la punta de la hebra sobre el dedo pulgar, cortando luego las dos puntas. Cuando ya se ha *desmontado* ó descosido el feston, se va cortando con cuidado segun se ha dicho en el bordado al zurcido.

Llámase *feston lleno* aquel cuya onda principal tiene otras muchas al rededor, sobre las cuales se extiende el punto á lo ancho.

De poco tiempo á esta parte se ha introducido en el bordado al *trapo* otra nueva clase de *punto*, al que dan el nombre de *punto-de-espina*, y tambien de *pluma*, porque las representa bastante bien. No hay cosa mas fácil de hacer: sujétase la hebra en la parte del dibujo á que se junta la dicha espina, ó bien continuando el bordado ó *trazo* se hace un punto *longitudinal* ó á lo largo, pero algo oblicuo ladeado desde el pié hasta la punta del dibujo que señala la espina. Despues de haber tomado algunos hilos en este paraje, se pasa á clavar la aguja al lado opuesto al que se le acaba de sacar, en el punto de union de la espina y tronco. Con esta maniobra se cruzan los dos hilos de algodón, y se da solidez á la espina: por el lado de arriba se tomará la menor parte de hilos que sea posible.

LA INOCENCIA.

EN EL ALBUM DE UNA NIÑA.

De una madre en el regazo
Un niño se despertó
Y al sentir el dulce lazo
De su maternal abrazo
El niño se sonrió.

Su hermosa madre al sentir
Sus caricias, con empeño
Quiso volverle á dormir,

¹ Esto es, unas hácia dentro y otras hácia afuera.

Y en vez de coger el sueño
Volvió el niño á sonreír.

—¿Me quieres mucho alma mia?

La madre le preguntó.

—Tanto que me faltaria
Sin tí mi dulce alegría,
El niño la respondió.

Y con sonrisa amorosa
La miró con embeleso.

—¿Qué deseas?

—Una cosa.

—¿Y es buena?

—Como tú hermosa.

—¿Qué es lo que quieres?

—Un beso.

Con afan encantador
Difícil de describir
Besó la madre á su amor
Y al sentir tan puro ardor
Volvióse el niño á dormir.

P. Moreno GIL.

ENIGMA.

Explicacion.

EL CAFÉ Y EL TABACO.

El *café* fué importado á Francia el año 1658, en el reinado de Luis XIV.

El *café* es originario de Etiopía, de esta pasó á Persia y á la Arabia.

Dícese que un pobre dervís, que apacentaba unas cabras, se admiró un día de la agilidad extraordinaria de sus animales, y reparó que habian comido las ramas de un arbusto desconocido, y que para ver el efecto que produciria en él aquel fruto, le comió y notó que se despejaban sus sentidos y que disfrutaba de concepcion fabulosa.

El uso del *café* se estendió por Oriente, aconteciendo varias guerras entre los árabes, que no tenian otro objeto que la posesion de sus frutos.

Se introdujo en Inglaterra en 1652, por un mercader llamado Edward.

Se cree que fué Thévenot el primero que llevó á Francia la planta del *café*.

En 1660 varios comerciantes de Marsella hicieron venir sacos de *café*.

Soliman Aga, embajador de la sublime Puerta, en tiempo de Luis XIV, año 1669, fué el que introdujo en París la costumbre de tomar *café*.

Estudiada la planta en París, fué trasportada á sus colonias y es objeto de gran comercio.

El tabaco fué importado en 1560, en el reinado de Carlos IX.

Nicot, embajador de Francia en Portugal, llevó la primera planta de tabaco á Catalina de Médicis, por el año de 1560. Ella fué quien le denominó *Nicotina* y *yerba de la Reina*, porque fué de las primeras que le usó.

El tabaco, originario de América, ha tomado el nombre de Tabago, que es una de sus islas.

En Europa se prohibió su uso en varios puntos.

En Italia, Urbano VIII puso penas severas á los que usasen tabaco en la iglesia.

El sultan Amurat IV, castigaba con la muerte á los fumadores: en Rusia se les cortaba la nariz. Sin embargo, el uso del tabaco es general en el dia.

Los puntos designados como productores de mejor tabaco son: el Brasil, Bórneo, Virginia, Méjico, España, Italia, Holanda, etc.

CUADRO ICONOLÓGICO.

Una mujer vieja y fea, cubierta con telas de araña, está recostada sobre un oso blanco y tiene un cuchillo empuñado.

(La explicacion en el próximo número.)

Por lo no firmado: el Director, FAUSTINO BASTÚS.

Editor responsable: D. Marcelino Martínez.

MADRID: 1861.

IMPRESA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS Y DE CIEGOS,
Turco, 11.